

Complejo del yo

Mariana Ceja Covarrubias

Resumen

Christopher es alguien que existe en un mundo donde el mayor hito del ser humano es volverse rico, pero ¿qué pasa cuando ya has logrado ese mayor hito? ¿Qué sucede con la mente una vez no hay nada más que buscar?

Palabras Clave

Deseo, yo, mente, mundo, dinero, numero

Abstract

Christopher exists in a world where the greatest human achievement is becoming rich, but what happens once you've reached that milestone? What happens to the mind once there's nothing left to strive for?

Keywords

Desiere, I, mind, world, money, number

Yo... Yo, yo, yo. Todo el mundo habla del tú, del nosotros, de la unidad, la comunidad ¿pero qué hay del yo? De lo que yo quiero, yo pienso, yo exijo. ¿Y qué pasa cuando el “yo” supera el “nosotros”? ¿Qué pasa cuando el “yo” no es suficiente?

La vida empieza con el deseo. Como humanidad somos fruto del deseo de otras personas que se unieron de una forma u otra para crearnos, es como la gran mayoría de historias comienzan, y también como muchas otras terminan, por el deseo. El ser humano, como los animales, está guiado de manera primitiva por el deseo, la necesidad, la búsqueda, pero es cuando esa búsqueda se ve estancada y el deseo se desborda por las bases que lo contienen, que el yo individual sale de control a dominar la mente que debería estar acompañando.

Christopher nació en la cuna de la inquietud, como todos, un alma nueva en un mundo que delimita incluso antes que respire quienes poseen una oportunidad y quienes no. Tal vez el mundo se apiadó de él, o quizá lo maldijo, nunca tuvo la certeza, pero tuvo una ventaja que muchos no, un país de primer mundo y clase media alta que podía proporcionarle todo lo que necesitara, tal vez todo menos plenitud.

Su vida nunca fue difícil en la forma en la que la mayoría lo esperaría, el pasaje del tiempo le dio perspectiva y con esto cambiaron sus necesidades. Los juegos con sonajas cambiaron por autos de juguete, luego por figuras de acción. Chris, como cualquier otro niño, disfrutaba de la emoción de los nuevos juguetes, el último videojuego o el nuevo libro de cómics.

Hay una cacofonía de emociones en la novedad, el consumismo, el hit de dopamina que

te embriaga en plenitud efímera, pero es solo eso, algo finito, algo que nos vuelve adictos, que sin importar cuánto tengamos siempre nos hará desear más... Y más, y más.

Hay una extraña sensación en la idea del querer, nosotros queremos algo, pero pareciera que estamos diseñados para seguir queriendo constantemente, porque una vez obtienes algo, siempre encontrarás algo más a desear, creando un bucle, entre el deseo, el gusto y las ganas. Esto es algo natural, o eso hasta cierto punto. Todos tenemos derecho a querer algo nuevo, pero esto crea un problema cuando ese deseo se vuelve en una compulsión, cuando esa cosa que querías deja de convertirse en una meta a conseguir para mejorar, cuando no hay un esfuerzo en la obtención del objeto del deseo.

Christopher pasó de año en año, siendo bueno en lo que hacía, progresando, como todos esperaban, conquistando chicas, obteniendo becas e incluso creando una empresa con sus amigos. Pasó horas frente a su máquina, tratando de hacerla funcionar hasta que logró su cometido. Pensó que jamás olvidaría la satisfacción de ver su trabajo duro dando frutos, pero tal vez solo no conocía nada mejor en ese momento. Con sus socios algo nuevo fue creado y cuando su proyecto fue mostrado al mundo no fue difícil que este captara la atención de miles y después millones. Ver su invento trabajar parecía un milagro, y miles los alabaron como dioses, pero para Chris todo era demasiado surreal, el día anterior era solo un niño, soñando con ser alguien grande, alguien más, y ahora era ese algo más, algo más grande de lo que jamás pudo haber soñado.

Chris siempre tuvo una labia excepcional, la había ocupado para salir de problemas cuando era solo un niño, o para convencer



Foto: Díaz Mondragón, JM. (2026). *Hablar sin sonido*

a sus profesores de dejar menos tarea en la preparatoria, pero ahora era algo diferente. Chris daba la cara por toda la empresa, que había crecido exponencialmente con sedes en cada uno de los países que pudiera pensar. La fama sabía diferente a lo que esperaba y el poder era más exhaustivo de ejercer, pero la libertad financiera que poseía era inmensamente mejor de lo que había imaginado. Compró todo lo que había deseado. Comenzó con una mejor computadora para trabajar, pero después se dio cuenta que no la necesitaba ya que había una mucho mejor en su nueva oficina, después de este descubrimiento compró todo tipo de cosas que había almacenado en su carrito de compras a través de los años, y el dinero volvió a él a una velocidad extraordinaria. Era como cavar en un pozo sin fondo y le impactaba la forma en la que tierra parecía regenerarse bajo sus pies, incluso impulsándolo hacia arriba, creando una montaña donde antes había un hueco. Le sugirieron invertir con su nueva estabilidad y el dinero solo parecía seguir acumulándose,

pero para él esto se había convertido en una alegría más. Cada vez que abría su aplicación para ver sus nuevas inversiones podía ver el número subir, bajar por unos pocos miles antes de volver a subir. Era como una apuesta, le daba emoción cuando ganaba, y él no podía perder; su compañía era la más grande a nivel global, en su mente no había una sola forma de volver a perder.

Los años lo seguían como un detective que no le perdía la pista y con esto la factura acorde a las prácticas de las grandes empresas, con empleados ineptos, demandas y acusaciones de operaciones inmorales que amenazaban su preciado bebé, a lo único que le daba sentido a su vida, a ese número que sin importar lo que él hiciera, para bien o para mal, subía y subía y solo seguía subiendo. ¿A quién le importaba si los océanos sufrían por la contaminación? ¿O si las personas tenían que pagar más dinero por la electricidad que ellos gastaban? Era igual, todo era lo mismo mientras ese número siguiera subiendo más,

y más, y más. Ese número se había convertido en su obsesión, su única motivación para hacer cualquier cosa. Una vez lo había conseguido todo, solo quedaba desear más.

Chris se mentía, se decía que no había nada más que lo hiciera feliz, nada más que lo llenara o lo satisficiera, pero tal vez era solo que haciendo algo más que gastar ese dinero, que parecía infinito, no podía evitar preguntarse si todo lo que hacía valía la pena o si solo estaba tratando de llenar el infinito vacío que parecía crecer de manera proporcional a sus fondos desde hacía años. Cuando obtuvo todo lo que quiso y se limitó a seguir deseando y obteniendo sin tener que esforzarse más, cuando un simple movimiento de su mano se volvió suficiente para que todos a su alrededor obedecieran o hablaran de él. Era una existencia vacía la que llevaba, pero estaba tan convencido de que no era así que estaba empeñado por demostrarse a sí mismo que tenía razón. Obteniendo más, y comprando más, perpetuando así el bucle que lo había llevado hasta ese problema desde un inicio.

El planeta empeoraba a cada segundo que la plaga de su empresa seguía creciendo, los océanos contaminados, el cielo gris, las intensas temperaturas, el panorama geopolítico y el costo de alimentos parecía crecer y crecer, personas perdieron su trabajo, morían de hambre en las calles, pero eso jamás llegó a tocar a Christopher. Parecía que nada podía alcanzarlo en su alto edificio que lo mantenía a salvo, solo enfocado en su propio mundo. Cuando las primeras guerras comenzaron a alzarse ni siquiera supo qué estaba pasando, lo único que tuvo que hacer fue firmar un contrato para que su gobierno pudiera utilizar sus servicios de forma indiscriminada, ¿pero qué más daba? Si a él le pagaban y ese número seguía subiendo no era como si realmente algo más pudiese llegar a importar.

Al final, cuando el mundo estaba hecho trizas, él estaba ahí, las alarmas llevaban horas sonando aunque realmente ya no había a quien evacuar en las calles, ya no había a quien ayudar o a quien lastimar. Christopher estaba en su oficina, viendo las pantallas frente a él enfocadas en su dinero, el precio de sus acciones, números que parecían seguir subiendo aunque el mundo exterior estuviese hecho añicos. Si se hubiese molestado por ver a un lado, ver el cielo rojo, los edificios destruidos o los cuerpos en las calles podría haber visto lo que todos ellos le habían hecho al mundo, pero no le importaba, no lo llenaría, ya nada podía dejarlo. Su esposa y sus hijos lo habían dejado, no que le importase, y no lo habían contactado en meses, no que se hubiese dado cuenta. Ellos ya no existían, pero para él era como si nunca lo hubieran hecho, nada se había logrado equiparar con esos números que subían, subían, subían, pero ahora ya no había nada en que gastar ese preciado número, no había recursos, no había novedades, todo lo que quedaban eran vestigios de una civilización rota, y Christopher tarde se había dado cuenta que ese número ya no lo hacía sentir nada.

Se dirigió a su escritorio y sacó el revólver, jugando con él en sus manos, volvió a la habitación con sus pantallas, el lugar impecable aunque oscuro, el edificio únicamente iluminado por las luces de advertencia del mundo exterior y la energía de emergencia que él había ordenado desviar a las pantallas. apuntó el arma a su sien y miró los números una vez, como retándolos a cambiar, a volver a ser esa fuente de la eterna felicidad de la que llevaba alimentándose décadas, pero no pasó nada. Tiró del gatillo y su cuerpo cayó inerte al suelo, su sangre manchando las pantallas, escurriendo de las mismas hasta llegar al piso.

Complejo del yo

Pasaron las horas y como por arte de magia todos los números dejaron de subir, un número absurdo mostrado en las mismas, Christopher había pasado a la historia como el hombre más rico del mundo, una pena que no hubiera ya nadie para recordarlo. Las pantallas dieron un flashazo, cambiando a rojo y mostraron la leyenda “Error” en el mismo color de la sangre de su anterior dueño y tras unos años finalmente la energía de emergencia se agotó e incluso eso se perdió, dejando atrás lo último que quedaba del mundo que Christopher ayudó a destruir.